

APLICACION DEL SINODO A LA IGLESIA VENEZOLANA

Del 24 de Noviembre al 9 de Diciembre se reunió en Roma el Sínodo extraordinario para celebrar, verificar y promover el Concilio Vaticano II con ocasión de cumplirse los 20 años de su clausura. Nosotros como cristianos nos hemos mantenido en comunión con la Iglesia en Sínodo. Hemos orado antes de su realización y durante ella, hemos seguido su desarrollo con preocupación y esperanza, hemos meditado delante de Dios la Relación Final que nos ofrece, y ahora, como muestra de nuestra voluntad de asumirlo y promoverlo, presentamos aquí nuestra lectura. El Sínodo es universal y por eso su mensaje tiene en cuenta muy diversas situaciones; unas nos tocan muy de cerca y otras, por referirse a lugares y problemas más remotos, nos resultan más lejanas y nos piden tan sólo simpatía y solidaridad. De ahí la necesidad de leerlo situadamente. Aunque el mensaje central ciertamente que nos afecta y nos parece bastante alentador.

LLEVAR EL CONCILIO A LA PRACTICA

La relación final del Sínodo se abre, como no podría ser menos, expresando "la común voluntad de llevar el Concilio a la práctica y a la vida de la Iglesia" y concluye solemnemente: "Hemos celebrado y verificado el Concilio y nos hemos comprometido a promoverlo". Nosotros nos hemos formado como hombres de Iglesia en el Concilio y no podemos concebir un cristianismo prevaticano. No pensamos que el Concilio es una panacea. Abre una época con intuiciones raigalmente cristianas. Pero ese vino nuevo (por genuino) se vierte a veces en odres que difícilmente pueden contenerlo. Por otra parte la simpatía con la que se abre al mundo, tan desbordante y de tan buena ley, no calibró suficientemente el pecado estructural de ese mundo al que como Samaritano se aprestaba a ayudar. Esas insuficiencias no fueron negativas: Si sus documentos no hubieran sido de transición, los cristianos a quienes se dirigían no hubiéramos podido hacer camino a través de ellos. Y la Iglesia tenía que asumir el mundo con generosidad y comprometerse con él para poder denunciar con autoridad su situación de pecado y curarlo desde dentro.

A nosotros nos ha hecho el Concilio; hemos caminado a partir de él y con su impulso. Por eso saludamos de corazón la asunción que de él hace el Sínodo, tras sopesar sus frutos durante estos 20 años. A los 20 de su inicio sacamos ya un número de esta revista (No. 445, mayo 1982) como homenaje, síntesis y aplicación al país. Con gusto volvemos ahora a glosar el Concilio porque pensamos que ni nosotros ni nuestro ambiente lo hemos asumido aún plenamente.

EL MISTERIO DE LA CRUZ

La Iglesia en el Sínodo se ha presentado como "sometida al Verbo de Dios, celebrando los misterios de Cristo para la salvación del mundo". La Iglesia se siente toda referida a Jesús como misterio de salvación, es decir como vida del mundo. Cuanto más se convierte a ésta su entraña y se deja estructurar por ella, más toma la figura de

una Iglesia en comunión; y la piedra de toque que calibra la calidad cristiana de esta figura es la Cruz de Jesús. Si la Iglesia no está crucificada, no es la de Jesús, no encierra ya misterio, no es capaz de salvar al mundo y aliena a sus adherentes en un simulacro de sacralidad. Este nos parece ser el resumen de la Relación Final del Sínodo y nos suena como los mensajes que el profeta apocalíptico, como mensajero de Dios, envía a las Iglesias y muy concretamente a la nuestra.

"La misión primaria de la Iglesia bajo el impulso del Espíritu Divino es predicar y testificar la buena y alegre noticia de la elección, la misericordia y la caridad de Dios, que se manifiestan en la historia de la salvación y que llegan a su culmen en la plenitud de los tiempos por Jesucristo, y ofrecerlas y comunicarlas a los hombres como salvación por la fuerza del Espíritu Santo".

El misterio que tiene la Iglesia es el del amor misericordioso de Dios. Por eso este misterio toma la forma de evangelio: buena y alegre noticia. Este evangelio constituye a la Iglesia y la impulsa a testificarlo de palabra y sobre todo con su vida, una vida que se comunica como amor misericordioso. La comunicación horizontal y abierta de este amor misericordioso establece vínculos de comunión, tanto en el interior de la Iglesia como en la sociedad a la que, desde dentro, sirve la Iglesia. Esta unión, fundada en el amor que mantiene unidos respetando las diferencias, es nada menos que la comunicación del misterio de comunión del Dios cristiano, que no es un monarca solitario sino la comunidad del Padre el Hijo y el Espíritu. Conocer a este Dios es estructurar la vida como comunidad horizontal y abierta, acabando con prepotencias y discriminaciones. Por eso este misterio cristiano, predicado y vivido, es salvación para el mundo: evangelio.

Pero, como existe el pecado, la predicación de esta alegría trae contradicción. En cuanto la Iglesia toma en serio este misterio de que es portadora, su testimonio se plenifica como martirio. Se llega a cargar la Cruz del martirio cuando antes los cristianos crucifican su egoísmo, suficiencia y afán de seguridad, y la institución eclesiástica sus apetencias de honra mundana, riqueza y autosuficiencia.

MISTERIO DE SOLIDARIDAD: DEL TESTIMONIO AL MARTIRIO

Nos parece una gran cosa que el Sínodo, por insistir en el misterio de la Iglesia (que en definitiva es el de la encarnación de Dios en el mundo para salvar desde dentro lo que se había perdido) llegue tan naturalmente al misterio de la cruz. ¡Qué alentador que los eclesiásticos de mayor jerarquía reconozcan que "la Iglesia se hace más creíble si, hablando menos de sí misma, predica más y más a Cristo crucificado (cf. 1 Cor 2,2) y lo testifica con su vida"! Esta cruz no es ningún sucedáneo sino la participación en la cruz histórica de Jesús de Nazaret en la participación solidaria en la cruz de su cuerpo histórico. A esta "reflexión teológica nueva y más profunda" se ha llegado por la lectura de los

signos de los tiempos a la luz del Evangelio. Desde esta perspectiva de amor misericordioso se constata que "hoy crecen por todas partes el hambre, la opresión, la injusticia y la guerra, las torturas y el terrorismo y otras formas de violencia de cualquier clase". Por eso la teología desde los crucificados de la tierra "excluye la mera fácil acomodación que llevaría a la secularización de la Iglesia. Se excluye también la cerrazón inmovilista de la comunidad de los fieles en sí misma. Pero se afirma la apertura misionera para la salvación integral del mundo. Por ella no sólo se aceptan los valores verdaderamente humanos, sino que se defienden fuertemente: la dignidad de la persona humana, los derechos fundamentales de los hombres, la paz, la libertad de las opresiones, de la miseria y de la injusticia".

Desde la cruz se realiza la distinción sin separación "entre la misión espiritual y la diaconía a favor del mundo". Pues por ella se prueba que este servicio no es acomodación al orden establecido sino servicio a la fe que se realiza en la promoción de la justicia. Por eso "el Sínodo expresa su comunión con los hermanos y hermanas que padecen persecución por la fe y por la promoción de la justicia".

Queremos decir con sencillez que estos son los testimonios que, como sus llagas Jesús resucitado, ofrece en prueba de su autenticidad nuestra Iglesia latinoamericana, purificada en parte por los trabajos y la sangre de tantos hermanos nuestros, la mayor parte mujeres y hombres del pueblo, de los que es símbolo, como fue pastor, Mons. Romero. "Desde este punto de vista —reconoce el Sínodo— las Iglesias más antiguas pueden aprender mucho de las Iglesias recientes, de su dinamismo, vida y testimonio hasta el martirio de sangre por la fe".

ENTRE EL TESTIMONIO Y LA INSTALACION

También en nuestra Iglesia venezolana este misterio de comunión ha tomado la figura del Crucificado. En nuestro país muchas mujeres (sobre todo ellas) pero también no pocos varones han admitido este misterio del amor misericordioso de Dios en sus corazones y se han entregado a testimoniarlo con su palabra y con su vida y a celebrarlo en sencillas y hermosas liturgias, no sólo memorables por la creatividad y solidez de sus formas sino por "la participación viva y fructuosa del misterio pascual de Jesucristo". Son sobre todo gente popular o solidarizadas con ese pueblo a quien se le niega cada vez más el pan, el trabajo y la participación. Este pueblo creyente y oprimido constituye las riquezas de nuestra Iglesia venezolana, como lo sintió y

testimonió el diácono San Lorenzo de su Iglesia romana pobre y perseguida. También participan de este misterio aquellos profesionales que buscan servir con sus talentos antes que maximizar sus ganancias y por eso son mirados con desconfianza y aun marginados en esta sociedad de cómplices. Y también aquellos miembros de la institución eclesial, incluso de su jerarquía, a quienes la misericordia de Jesús ha llevado cada vez más "a denunciar, de manera profética toda forma de pobreza y opresión, y defender y fomentar en todas partes los derechos fundamentales e inalienables de la persona humana".

Pero también tenemos que reconocer con el Sínodo que en nuestro país "hemos sido demasiado tímidos en aplicar la verdadera doctrina del Concilio". Ese ha sido el grave pecado de nuestra Iglesia: la tibieza paralizante (cf Ap 3,16). La causa nos la dice claramente el documento sinodal: "falta también discreción de espíritus no distinguiendo correctamente entre la apertura legítima del Concilio hacia el mundo, y por otra parte, la aceptación de la mentalidad y la escala de valores del mundo secularizado". Secularización es aquí instalación en el siglo (seculum), en este orden establecido, cosa que es perfectamente compatible con mil ceremonias litúrgicas que también son mundanas si falta "la participación viva y fructuosa del misterio pascual de Jesucristo". Así, falta de testimonio vivo y por lo tanto falta de trascendencia, nuestra Iglesia ha aparecido con frecuencia a los ojos de nuestros conciudadanos, más allá de nuestras palabras "como una estructura meramente institucional, privada de su misterio". A nosotros, miembros de la Iglesia venezolana, va dirigida sin duda esta dura advertencia del Sínodo a las Iglesias que se pliegan al orden establecido: Eso "lleva a la idolatría de la comodidad material (al llamado consumismo). De esto puede seguirse una especie de ceguera con respecto a las realidades y valores espirituales". La idolatría de la comodidad produce ceguera en nuestra Iglesia para experimentar el misterio de la misericordia y caridad de Dios y movida por ella comprometerse decididamente con nuestro pueblo sufrido, opción en la que "brilla el verdadero espíritu del Evangelio, Jesucristo declaró bienaventurados a los pobres (cf Mt 5,3; Lc 6,20), y El mismo quiso ser pobre por nosotros (cf 2 Cor 8,9)".

Esta pensamos que es la interpelación de la Relación Final del Sínodo a la Iglesia venezolana. Dios quiera que la asumamos con corazón contrito y abierto a la conversión. No faltan, gracias a Dios, testimonios de esta actitud a todos los niveles de nuestra Iglesia.

HA MUERTO EL PADRE BARNOLA

Con mucha consternación, al cierre de este número de SIC, hemos recibido la noticia del fallecimiento del Padre Pedro Pablo Barnola.

SIC debe gran parte de su vida al entusiasmo, pasión por Venezuela y fidelidad a la Iglesia del Padre Barnola. Por más de treinta años formó parte muy activa de su Consejo de Redacción y fue su Director entre 1949 y 1954, etapa nada fácil de la vida nacional.

Junto con el resto del país tan querido por el Padre Barnola y en la que ha cosechado estima y cariño, sentimos profundamente su muerte y rogamos a nuestro Dios, Padre Bueno, que reciba en su seno a este fiel servidor.